

LOS AÑOS FUNDACIONALES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN VALLADOLID¹

POR

JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ

Universidad de Valladolid

RESUMEN

Estudio sobre la instalación de la Compañía de Jesús en Valladolid, incidiendo en la importancia de la creación de instituciones dedicadas a la enseñanza, así como su influencia en la vida de esta parte de Castilla por su labor religiosa y educativa.

ABSTRACT

Study on the installation of the Society of Jesus in Valladolid, impacting in the importance of the creation of institutions devoted to the teaching, as well as its influence on the social life in this town of Castilla because of the educational and religious labor.

La fundación y aprobación pontificia de la Compañía de Jesús en 1540 es uno de los hitos más destacables de la historia de la Iglesia católica en el siglo XVI junto con la explosión de los movimientos reformistas y la celebración y

¹ El presente artículo forma parte de las investigaciones que el autor del mismo está realizando para su Tesis Doctoral «El poder de la enseñanza y del sermón: la presencia de la Compañía de Jesús en el ámbito geográfico de Valladolid durante el Antiguo Régimen (1545-1767)», dirigida por el Dr. Teófanos Egidio López dentro del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y América de la Universidad de Valladolid.

aplicación del Concilio de Trento. Para algunos historiadores, la Compañía de Jesús nació el 15 de agosto de 1534, con el sencillo pero trascendental «Voto de Montmartre». Sin embargo, comúnmente, consideramos su comienzo definitivo con la promulgación de la bula *Regimini Militantis Ecclesiae* por Paulo III en 1540. El profesor Revuelta resuelve el problema señalando que la Compañía no es el fruto de una decisión rápida y repentina, sino más bien todo un proceso de reflexión. Una reflexión no exclusiva del vasco Ignacio de Loyola, sino transformada en colectiva pues a su lado tuvo a seis compañeros, que el propio Revuelta se atreve a considerar «cofundadores». Sin embargo ninguna de estas consideraciones y apreciaciones elimina mérito al fundador de esta Congregación religiosa. Íñigo de Loyola, nombre que cambiará por Ignacio después de obtener su doctorado, se convirtió en el impulsor original y en la mente rectora del espíritu que circulaba como savia entre los miembros de la Compañía, gracias a los Ejercicios Espirituales y a la redacción estudiada de las Constituciones².

Implícito en el carácter militante que asumían los miembros de esta congregación religiosa, se encontraba un rápido proceso de expansión. No fue la Monarquía Hispánica la primera etapa pero sí se encontraron sus reinos entre las primeras aspiraciones de los jesuitas. Sin embargo la protección del rey Juan III de Portugal sirvió de segura plataforma para saltar a las prósperas ciudades castellanas. Valladolid, sede preferencial de la Corte, sería pronto una de ellas. Su primera atracción era la presencia de importantes gentes de la nobleza y de la Iglesia y sobre todo del príncipe Felipe, el futuro rey Felipe II. Después los jesuitas consideraron que era una villa donde la presencia de la Compañía debía encontrarse asegurada, poniéndose las bases de uno de los domicilios más antiguos de los jesuitas en España.

Valladolid, con el transcurrir de las décadas y tras unos primeros años difíciles y complicados, se convirtió en una de las capitales jesuíticas de Castilla, reforzada por la presencia en su ámbito geográfico más cercano de colegios tan destacables como el de Medina del Campo o el conocido noviciado de Villagarcía, cantera de tantos jesuitas que poblaron los púlpitos y las cátedras de esta Provincia. Sin embargo nosotros no vamos a llegar a esta época dorada. Nos detendremos mucho antes. Conoceremos precisamente esos primeros momentos, cuando el poder de la palabra no era todavía lo intenso y potente que los jesuitas hubieran deseado. Era el pequeño edificio que los acogía entre las seculares parroquias de San Miguel y San Julián. Era la escasez de individuos para hacer frente a la multiplicidad de funciones, pero también era la presencia de hombres importantes en la Compañía (como Antonio de Araoz, Pedro de Fabro

² Manuel REVUELTA, «El fundador de la Compañía», en *Historia 16*, n.º 191, pp. 44-45.

o Francisco de Borja) que a través de sus numerosos contactos en diferentes niveles intentaron asegurar un éxito posterior.

Y todo ello lo vamos a hacer a través de la valiosa información que nos aporta la correspondencia jesuítica de Ignacio de Loyola, Antonio de Araoz, Pedro de Fabro, Francisco de Borja, Juan de Polanco o Diego Laínez, entre otros. Para los jesuitas de aquellos primeros años, las cartas no eran únicamente una manera de contacto sino más bien de unidad en la diversidad y en la dispersión. Era símbolo de la universalidad, que deseaba la Compañía desde sus primeras intenciones, convirtiéndose en «la obligación de escribir y no sólo al albur del ocio»³. Primero fueron las epístolas de cada uno de los miembros de la avanzadilla en la expansión. Posteriormente las cartas cuatrimestrales enviadas desde cada uno de los colegios y domicilios a Roma. En todas ellas debía tenerse en cuenta las instrucciones minuciosas que el Padre Polanco había dictado en nombre del primer Preósito para los miembros de la Compañía. Sin embargo ellos no podían olvidar las palabras del fundador... «lo que se escribe es mucho más de mirar que lo que se habla, porque la escritura queda y da siempre testimonio». Con este testimonio nos quedamos nosotros para conocer los primeros años de los jesuitas en la villa del Pisuerga que entonces también lo era del rey Felipe II.

1. LOS «DÍAS PREVIOS» A LA LLEGADA DE LOS JESUITAS A VALLADOLID

Antonio de Araoz fue el primer jesuita que puso sus pies en estos reinos, para resolver algunos asuntos privados de San Ignacio⁴. No fueron casuales las ciudades por él visitadas, ni tampoco las conversaciones por él mantenidas.

³ Ignacio TELLECHEA, *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Madrid 1987, p. 328.

⁴ Antonio de Araoz no formaba parte del núcleo fundacional de la Compañía. Vasco de la villa de Vergara, había nacido en 1515. Poseía afinidad familiar con Ignacio, pues era sobrino de Magdalena de Araoz, esposa del hermano mayor del fundador de la Compañía. Doctor por la Universidad de Salamanca, conocía de sobra la fama de Ignacio gracias a la estancia de éste en Azpeitia en 1535. Sin embargo cuando marchó a encontrarse con él, en 1538, lo hacía con fines muy distintos. Llegó a la Ciudad Eterna, representando a la familia Loyola, para disuadir y desviar a Ignacio de «aquella larga aventura con visos de alumbradismo» (Ignacio TELLECHEA, op. cit., p. 280). El P. Polanco, el secretario de Loyola, señaló que este joven vasco «vino a Roma con visos de mundo». En realidad llegaba en el momento menos oportuno. Por Roma circulaban malos rumores hacia Ignacio y los suyos. Él, incluso, disimuló la afinidad familiar que le unía. Cuando comprobó que los rumores eran inciertos, Araoz ingresó en la Compañía. Eran principios de 1539. Pocos meses después desembarcaba en Barcelona en este primer viaje. «Fue una de sus primeras pruebas –según señala Polanco en el Sumario de la Vida de San Ignacio– que cargado de sedas con que venía vestido, se fue a predicar en los bancos, y como era vehemente de natura, entró mucho en mortificaciones y penitencias y devoción». (Antonio ASTRAIN, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, tomo I, pp. 204-205, Madrid 1902).

Valladolid, como inevitable cruce de caminos y de ideas, formó parte de aquella ruta⁵. Meses después tomaba el relevo el jesuita saboyano Pedro de Fabro... «estoy espantado in bonam partem del aparejo que hay en España para el modo de proceder en las cosas espirituales»⁶. Ya intentó el Virrey de Cataluña, el entonces cortesano Francisco de Borja, duque de Gandía, que Araoz, en un nuevo viaje a Barcelona, permaneciese entre los habitantes de la Ciudad Condal. Sin embargo el jesuita intentó evitar estas propuestas. Todavía no eran muchos los religiosos preparados con los que contaba el fundador para consolidar un establecimiento seguro y firme en Castilla o Aragón. Es verdad que en estos momentos se empezaba a poner las bases de los futuros colegios de Alcalá y Valencia (gracias al Hermano Francisco de Villanueva y al canónigo Jerónimo Doménech respectivamente)⁷.

Una oportunidad fue desaprovechada cuando la enfermedad impidió a Araoz y Fabro seguir a la princesa María de Portugal, la hija de Juan III, en su camino hacia Salamanca para contraer matrimonio con Felipe de España. Sin embargo la recomendación del monarca portugués para introducirse en Castilla no debía ser desaprovechada por San Ignacio. Así se lo confirmaban desde Portugal... «que no vaian á lumbre de paxas, sino que la cosa vaia muy firme; que tengan con qué responder á las preguntas (...) Porque muy poco crédito se da el día de oi á las gentes. Aun las cosas claras y aprovadas las cumplan mal ó nunca: ¿qué hará donde no interviene papel nenguno y más á los principios, haçérseles á todos cosa tan nueva?»⁸. Portugal era sin duda una buena plataforma y sobre todo su Colegio de Coimbra, cantera de tantos jesuitas que alimentaron las primeras fundaciones castellanas. Araoz nos confirma que en estos momentos vivían en este centro unos sesenta religiosos⁹.

Los monarcas portugueses querían retener en su corte a estos dos jesuitas (Fabro y Araoz) que se disponían a partir a Castilla... «es para dar incesables

⁵ «... Del buen rrecibimiento de Doña Leonor y de las otras señoras, y cómo hablé a las Infantas, y los oratorios que me mostraron (...) y de mis predicaciones que allí y en Valladolid y Burgos hize, scriví muy largo á VM; y porque no dudo que las cartas avrán ydo á buen recaudo y las avrá VM rescibido y por ebitar prolixidad, no lo rreytero...» (*Epistolae Mixtae I*, «Carta de Antonio de Araoz a los Padres Ignacio de Loyola y Pedro Codacio», Vergara 4 julio 1540, p. 5).

⁶ Cit. por ASTRAIN, *op. cit.*, tomo I, p. 235.

⁷ José MARTÍNEZ DE LA ESCALERA, «Fundación complutense de la Compañía de Jesús», en *La Compañía de Jesús en Alcalá de Henares (1546-1989)*, Alcalá de Henares, Institución de Estudios Complutenses, 1989, pp. 13-24.

⁸ Ep. Mixtae I, p. 173. «Carta de Martín Santacruz al Padre Ignacio de Loyola», Lisboa, junio 1544.

⁹ Ep. Mixtae I, p. 162. «Carta de Antonio de Araoz al Padre Ignacio de Loyola», Almeirino 26 abril 1544: «... más á lo que veo y me dizen, son tantos y tales, que no sólo ay que rescivir, más que escoger teniendo en todo el buen Mtro Simón mucho zelosa experientia y xpiano cuydado...»

gracias á Dios nuestro Señor de la cristiandad y celo de estos príncipes y del mucho concierto y reformation que en su corte tienen»¹⁰. Portaban definitivamente en su equipaje las cartas recomendatorias de Juan III dirigidas a su yerno el príncipe Felipe. Una etapa previa hicieron los Padres antes de entrar en la Corte. Fue en Salamanca. Allí pudieron conversar con el dominico Francisco de Vitoria, el padre del Derecho Internacional y con fray Alonso de Castro, franciscano. Ambos habían tratado con Fabro en París, en los años de estudio en la Soborna. Es verdad que los jesuitas no desaprovecharon la ocasión para dar a conocer en esta ciudad universitaria las intenciones de la Compañía. Sin embargo sus objetivos estaban en la Corte y en sus reales personas. Restarán unos pocos años para que también Salamanca acogiese uno de los colegios más importantes de la Compañía en España. Previamente era necesario obtener el reconocimiento de la Monarquía para poder obrar con libertad a través de lo largo y ancho de sus territorios.

2. ARAOZ Y FABRO EN LA CORTE DE ESPAÑA

Era un 18 de marzo de 1545 cuando los dos jesuitas divisaron las torres de las quince parroquias y las espadañas de los numerosos conventos que dibujaban el perfil sacralizado de la villa de Valladolid. Los planes de Ignacio de Loyola eran claros, y así los refleja en las cartas de Pedro Fabro: deseaba que ambos jesuitas, de grandes recursos dentro de la naciente Compañía, permaneciesen cerca de un año trabajando entre los nobles y el alto clero que se congregaba en torno al príncipe Felipe¹¹. Sin embargo los acontecimientos tornarían estos planes iniciales. Eso sí, no debemos pensar que San Ignacio fue el estratega de la Compañía. Más bien supo estar con sus jesuitas en el lugar oportuno cuando las circunstancias eran favorables y éstas se traducían en solicitudes, súplicas y demandas.

«Fuimos con mucha demostración resçiuídos, allando por la bondad del Señor personas mucho ynclinadas á la Compañía»¹². Efectivamente, como nos

¹⁰ Ep. Mixtae I, p. 169. «...por otras, más que triplicadas, de vn mes acá e scripto á VR largo, dándole cuenta de la dificultad que en nuestra partida avia, queriendo estos benditos Príncipes, cuyo zelo es para mucha edificación, quedásemos aquí; y avnque esto a sydo muy con seguridad y beniuolencia negociado, an sydo contentos de nos dexar yr, y asy pensamos partir mañana para Valladolid...» (Ep. Mixtae I, p. 200. «Carta de Antonio de Araoz al Padre Ignacio de Loyola»).

¹¹ Cartas y otros escritos del Beato Pedro Fabro, t. I, p. 293. «... Y porque yo escreuí, que por vn año sería bien estiuédes donde el príncipe, y en las comarcas donde os pareciesse mejor, lo podréis hazer en todo...» Monumenta IGNATIANA I, «Carta del Padre Ignacio de Loyola al Padre Antonio de Araoz», Roma 24 julio 1545, p. 312.

¹² Ep. Mixtae I, pp. 202-203. «Carta del Padre Araoz al P.Loyola», Valladolid 25 marzo de 1545.

indica el P.Araoz en la primera carta que escribió desde Valladolid, uno de los atractivos de esta Corte era la reunión de futuros apoyos para la Compañía que facilitasen su establecimiento en Castilla y Aragón. En las conversaciones que los jesuitas debían mantener no podían olvidar las instrucciones que San Ignacio les había propuesto hacía mucho tiempo... «Para conuersar y venir en amor de algunos grandes ó mayores en mayor seruicio de Dios Nuestro Señor, mirar primero de qué condición sea y hazeros de ella.»

Del trato que mantuvieron con las jerarquías eclesiásticas nos ofrecen amplios testimonios, comenzando por el nuncio, monseñor Poggio: «se nos offrezçe en todo», señala Fabro dando muestras de sus errores con la lengua de Nebrija. «Del nuncio Poggio –escribe Araoz–, pues vuesa Reverencia le conosçe, no ay para qué ynformar, porque ni nos querría dexar ni que le dexásemos»¹³. Junto a él el cardenal Tavera, el obispo de Salamanca (Pedro de Castro), Juan Suárez Carvajal (obispo de Lugo), Antonio de Fonseca (obispo de Pamplona), el Dr. Juan Bernal Díez de Lugo (nombrado obispo de Calahorra)... y junto a ellos miembros de otras órdenes religiosas y destacados teólogos en este foro de las controversias. Precisamente el obispo Fonseca apoyó decisivamente la fundación de colegios, «deziendo que esta es empresa que todos los Perlados (*sic*) avrían de tomar por suya. Insta mucho para que yo le acompañe al obispado». Miembros de la Compañía solicitaba el obispo de Calahorra, para hacer frente a las faltas graves que existían en su diócesis en la enseñanza y exposición de la doctrina y catecismo¹⁴. «Nosotros no osamos tan á la clara resistirle –señala Fabro–, ni á otros, como sería necessario, aunque en ninguna manera nos parezca que hayamos de estar entrambos fuera desta corte...»¹⁵

Mención aparte merece Juan Martínez Siliceo, por entonces obispo de Cartagena y después Cardenal de Toledo. El propio Araoz nos confirma en ese momento unas excelentes relaciones con tan señalado clérigo: «el obispo de Cartagena, que es el maestro Siliceo, maestro del Príncipe, se nos ha mucho comunicado con muestras de personas que tiene mucha opinión de la Compañía»

¹³ Ep. Mixtae I, p. 203. «... Del Nunçio Poggio, que se confiesa con Mtre Fabro, no sé que diga, syno que es en lo temporal otro Codacio y en lo spiritual otro Don Diego (se refiere a los PP. Pedro Codacio y Diego de Eguía) siendo nuestro divulgador y abonador; y lo mismo Monseñor Montepulciano, el que está en Portugal: aun de allí se nos ofresçe in vtroque homine...» (Ep. Mixtae I, pp. 226-227, «Carta de Araoz a Loyola», Valladolid 29 junio 1545).

¹⁴ «... Ya Vm aurá sabido cómo Su Magestat me ha nombrado para el obispado de Calahorra... yo tengo entendido el peligro destas dignidades... deseo de disponerme con el favor de nuestro Señor á hazer lo que pudiere, residiendo en el Obispado y procurando que aya en él, siempre mucha dotrina y buena. Y como yo sé quán sancta y sana es la que enseñan todos los de la Compañía de vuesa merced, ternía por gran felicidad, si vuesa merced encargase á alguno ó algunos della, que me ayudasen á doctrinar el Obispado...» (Ep. Mixtae I, p. 210, «Carta de Juan Bernal Díez de Lugo al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 10 abril 1545).

¹⁵ FABRI MONUMENTA, «Carta al P. Ignacio de Loyola», Valladolid 14 abril 1545, pp. 323-324.

fía»¹⁶. Lo que es opinión no le faltaba, pues a partir de 1549 y sobre todo en 1551, los conflictos con los jesuitas de Alcalá fueron de gran importancia, necesitándose incluso la intervención del citado nuncio Poggio. Este Arzobispo se atrevió entonces a retirar las licencias a todos aquellos sacerdotes que hubiesen realizado los Ejercicios con los jesuitas, prohibiéndoles a éstos la predicación, confesión y administración de la Eucaristía en los límites de su diócesis.

No menos importantes resultaban las primeras clientelas nobiliarias de la Compañía. Entre ellos se encontraban muchos portugueses que habían acompañado a la princesa María hasta Castilla. Sabían que debían apoyar a estos dos Padres, los «apóstoles» como les denominaban en Portugal, para cumplir los deseos de su monarca¹⁷. Algunas damas nobles, como es el caso de María de Mendoza, esposa del Comendador mayor de León, deseaba que Araoz predicase en la iglesia del Rosario, «que es la yglesia del palacio, que son sus casas donde el Príncipe posa». Otro día ambos jesuitas comieron con Juan de Zúñiga, el ayo del heredero. Araoz informa al General de la Compañía que algunos nobles y eclesiásticos se han decidido a realizar los Ejercicios ignacianos.

Sin lugar a dudas el desarrollo de los ministerios propios de la Compañía favorecía la obtención de apoyos. «Maestro Fabro a confesado algunas Damas en Palacio. Yo, con tener confesiones, acabo vna hora de predicar en la Antigua, y me an, con seer la principal parrochia desta Corte, ofrescido el púlpito, aunque par el viernes me tienen preuenido para San Martín; miese se apareja. Plege al Señor dar espíritu y virtud á los operarios»¹⁸. Era costumbre entre estos dos religiosos el trabajar por separado en dos actividades de las que cada uno obtenía un partido muy diferente. Araoz con sus sermones y el poder de la palabra, mientras que Fabro era más cercano al confesionario y a organizar Ejercicios «á gente muy escogida». Pronto nobles cercanos al príncipe eligieron a Fabro como confesor habitual. Fue el caso de Gonzalo Pérez, futuro Secretario de Estado y padre del polémico Antonio Pérez. Nos señala Astrain que los resultados del saboyano eran menos ruidosos que los de su compañero, sus acciones se comentaban menos que los sermones, pero alcanzaban mayor solidez¹⁹.

¹⁶ Ep. Mixtae I, p. 203. Para conocer el conflicto con los jesuitas, Ricardo GARCÍA VILLOSLADA: *Manual de Historia de la Compañía de Jesús*, Madrid 1954, pp. 106-107.

¹⁷ «... De los portugueses que están con la princesa somos muy amados, porque allá en Portugal ya teníamos mucho conocimiento...» (Ep. Mixtae I, p. 204 «Carta de Araoz a Loyola», Valladolid 25 marzo 1545).

¹⁸ Ep. Mixtae I, p. 203. «Carta de Antonio de Araoz a Ignacio de Loyola», Valladolid 25 marzo 1545.

¹⁹ ASTRAIN, t. I, p. 247. «... Maestre Fabro a confesado y reconciliado más de quince damas, syn otras personas de palacio y fuera...», «...Ay muchas personas de qualidad, que, vitra de las de palacio, se confiesan con nosotros, frequentando la confesión...» (Ep. Mixtae I, pp. 212,224)

Unos días después Araoz nos vuelve a dar noticias desde Valladolid... «dezíame vn caballero, amigo mío, que ay mucho rumor de nosotros ad bonum, porque al paresçer notablemente se an movido en los sermones (...) es para alabar á nuestro Señor cuánto crédito tienen de la Compañía en esta Corte, y cuánto se sabe della»²⁰. Una fama y buen crédito que se traduce en la gran variedad de nombres que recibían estos miembros de la Compañía. El propio Araoz nos confiesa que algunos les denominan «iniguistas», otros «papistas», algunos siguen la designación portuguesa cuando hablan de «apóstoles», mientras que algunos los confunden con los «teatinos y reformados». Lo cierto es que el nombre de jesuita nunca fue utilizado por San Ignacio. La primera vez que aparece documentado es en una carta de Pedro Canisio a Pedro Fabro en 1544 para las regiones del norte de Europa.. Tiempo después el P.Adriaenssens señala que este nombre era sinónimo de «sacerdote hipócrita». Fue el Padre Suárez el que se atrevió a afirmar que esta denominación no tenía porqué tener connotaciones negativas, ya que en ella había mucho de «verdad y piedad»²¹.

Los jesuitas se vieron impresionados por la sacralización de los comportamientos de esta corte... «hay mucha religión entre estos cortesanos, tanto, que á unos llaman claustrales, á los más recogidos, observantes y á los más espirituales, capuchinos (...). El príncipe, á lo que parece, y también nos ha dicho el Obispo de Cartagena, los cuatro días de Semana Santa no comió pescado, ni huevos, ni conservas. Es muy bien inclinado»²². Sin duda era ésta una buena oportunidad para que los jesuitas se prodigasen por palacio y prolongasen las conversaciones con los príncipes, unos adolescentes por aquél entonces²³. Araoz se percató de esta circunstancia... «avnque de tierna edad, procuran el bien spiritual de sus súbditos con mucho exemplo, de que estos Reynos están muy contentos».

A medida que la estancia de los jesuitas en Valladolid se iba prolongando, los ministerios por ellos desarrollados se multiplicaban. Moraban, gracias a la iniciativa de los príncipes, junto a la iglesia de Santa María la Antigua, cercanos al Valladolid eclesiástico de la Abadía y de la Universidad. «Las ocupaciones

²⁰ Ep. Mixtae I, p. 212. «Carta de Araoz a Ignacio de Loyola», Valladolid 14 abril 1545.

²¹ ASTRAIN, t. I, p. 183. Marcelino ZALBA: «Las Constituciones de la Compañía de Jesús en la Historia del Derecho de los Religiosos» en *Razón y Fe*, nº 696-697, enero-febrero 1956, p. 115. Biblioteca Universitaria de Valladolid «Santa Cruz» (BUV) Pedro RIBADENEYRA, SI: *Tratado en el qual se da razón del Instituto de la religión de la Compañía de Jesús*. Salamanca, 1730.

²² Ep. Mixtae I, p. 212.

²³ «... scribimos también del mucho amor con que Sus Altezas fuymos y somos siempre resçividos, dándonos, quando les vamos á ablar, grata abdiencia. Es para alabar al Señor quán afectados son á las cosas desta Compañía y á toda virtud y xpianidad...» (Ep. Mixtae I, pp. 223-224 «Carta de Antonio Araoz al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 29 junio 1545). «... La affection y voluntad que la Princesa tenía á la Compañía, era como de cuya hija era. La que el Príncipe tiene, no es menor...» (Ep. Mixtae I, p. 271, «Carta de Antonio Araoz al Padre Bartolomé Ferrón», Madrid 3 mayo 1546).

que tenemos por la bondad del Señor –escribe Araoz a San Ignacio– son en general tantas y tales, que yo no sé como lo poder scriver. Porque es asy que, á ser veynte, no podríamos satisfazer, porque tenemos las dos partes, scilicet los Perlados y los señores con las conversaciones, y todo el pueblo con los sermones, syendo el fructo per gratiam Domini no ménos notable que el auditorio y el concurso, que es muy grande»²⁴.

La prostitución se había convertido en una de las preocupaciones del apostolado de San Ignacio en sus años romanos. Con diferentes ayudas, entre ellas la de la princesa Margarita de Austria, la hija del Emperador, fundó en 1544 el Asilo o Monasterio de Santa Marta, con el objetivo de acogerlas e incluso preservar a aquellas muchachas de las circunstancias sociales de pobreza y miseria que las convertían en presas fáciles. Los jesuitas que llegaron hasta esta Corte en 1545 no dejaron de lado este aspecto del apostolado ignaciano. «Si pudiese tolerarlo la casa de las Convertidas –señala Araoz a Loyola– bien podríamos duplicarlas, porque muchas y de las más principales, no con poca edificación, se an convertido, y algunas se sustentan con limosnas, asta que se casen ó vuelban á sus maridos, ó entren las libres en Religión». Esta Casa de las Convertidas de las que habla Araoz se trataba del Convento de San Felipe de la Penitencia. Una casa que tenía su origen en la iniciativa del dominico Bernardino de Minaya en 1530, encomendando el nuncio Poggio el gobierno de la misma a los dominicos de San Pablo. El espacio y los medios debieron ser insuficientes, pues el Emperador y el príncipe Felipe impulsaron ante el Concejo de la villa la construcción de una nueva casa. Entre las «protectoras», años después, se encontró Magdalena de Ulloa, tan conocida entre los jesuitas por las fundaciones de los colegios de Villagarcía, Oviedo y Santander. Sin embargo entre la correspondencia de San Ignacio encontramos algunas referencias a esta casa de San Felipe de la Penitencia, con el fin de obtener distintas gracias y bulas de jubileo²⁵.

²⁴ Ep. Mixtae I, p. 224. «Carta de Antonio de Araoz al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 29 de junio de 1545.

²⁵ «... Cerca de la expedición de las gracias para el monasterio de las convertidas de Valladolid, demás de ser la cosa tan pía, dignándose VA (por Felipe II) en mandarme, en lo que me ha sido posible según mi poco ser y menos valer, me persuado no haber faltado á gloria divina. Agora, quitándose todas las dificultades, y del todo despachado de parte de SS, Juan de Vega teniendo el asunto principal, tiene en cuidado de embiarlo á VA, no pareciéndole que Minaya (como no se ha sabido gobernar) lo llevase. Si VA será servido de entender más en particular en esta parte y en lo que resta, Mtro Fabro está assaz al cabo de todo...» (Mon. Ign. «Carta de Ignacio de Loyola al Príncipe de España Felipe», Roma 17 febrero 1546, pp. 361-362). Esperando nuevos estudios de asistencia social consultar Casimiro GONZÁLEZ GARCÍA-VALLADOLID, «Convento de San Felipe de la Penitencia» en *Valladolid, Recuerdos y Grandezas*, Valladolid 1901, pp. 441-447. Sobre la prostitución en Valladolid María Asunción ESTEBAN RECIO y María Jesús IZQUIERDO GARCÍA: «Pecado y marginación. Mujeres públicas en Valladolid y Palencia durante los siglos XV y XVI» en Juan Antonio BONACHÍA (Coord), *La Ciudad Medieval*, Universidad de Valladolid 1996, pp. 131-169.

La confesión y la predicación no se reducía a los púlpitos de las iglesias de palacio y a los confesionarios de las grandes señoras de la nobleza. También se extendía a los hospitales y cárceles, establecimientos que nunca serán olvidados por los jesuitas, cuando se configure décadas después el modelo de misión popular que desarrolló la Compañía en tantas ciudades y pueblos de la geografía de estos reinos hispánicos²⁶. La visita a los hospitales fue uno de los ministerios de la Compañía que mayores simpatías le granjearon desde el pueblo, pues las realizaban fuera de los tiempos habituales destinados para tal fin. No fue ésta la ocasión, pero en algunos tiempos de crisis y peste los trabajos desarrollados por los jesuitas en estos terrenos provocaron numerosas bajas en las comunidades. El riesgo se tornó en peligro y éste en advertencia por parte del Preposito general para que se obrase con prudencia²⁷.

«Algunos regidores desta villa son muy nuestros –nos destaca Araoz con gran énfasis– y specialmente Hernando de Vega, que es pariente del Embajador, que es vn bendito. Ame dicho que ya a visto vn sitio, donde se podría hazer un colegio y da medios para ello». Es sin duda una propuesta temprana que demuestra la buena disposición de la Compañía en Valladolid. Inicialmente Fabro y Araoz habían llegado a la corte con el objetivo de hallar el visto bueno de los príncipes, para iniciar las fundaciones de Castilla. Sin embargo, a las pocas semanas, los propios regidores de la villa ofrecían la posibilidad de establecer ya un domicilio en Valladolid... «El Maestro Fabro dize, que en ninguna parte a estado, donde tanta miese vbiesse, é yo digo lo mismo»²⁸.

Pero también fueron apareciendo las primeras oposiciones. En abril de 1545 ya lo insinúa Fabro en una carta a San Ignacio... «hasta agora no se nos ofrezce ninguna contradiction, por no hauer obra á la qual se deba contradiction, aunque ya ha hauido predicador que ha dicho en el púlpito, ausando que se guar-

²⁶ «... En los hospitales y cárceles es para alabar al Señor lo que se haze, asy en confesar como en predicar; y segund me á dicho vn Oydor, avia vn preso, acusado por testigo falso en cosa que yva la vida de persona de mucha qualidad, sobre que están presos algunos cavalleros (y) motu proprio, syn tormento, dixo á los Juezes que él quería pagarlo con el cuerpo, porque su alma no lo pagase; y que supiesen que él avia jurado falso; lo que a sido, por ser cosa de tanto momento, de mucha edificación...» (Ep. Mixtae I, p. 224 «Carta del Padre Antonio de Araoz al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 29 junio 1545).

²⁷ «... Hase mirado aún más en ello, y ha parezido á NP que se diese auiso á VR de lo acá se siente, y es que, aunque cada uno deua estar aparejado para poner su uida en peligro por ayudar las ánimas de los próximos, los superiores deuen tener miramiento en el dexarlos, ó no dexarlos, exponer á los tales peligros, porque algunas vezes es más lo que se pierde que lo que se gana en el diuino servicio, que solo en la uida y muerte pretendemos, con esponer algunas personas á tan probable peligro de muerte...» (BORGIA III, pp. 529-530 «Carta del P.Juan de Polanco al Padre Francisco de Borja», Roma 20 julio 1559).

²⁸ Ep. Mixtae I, pp. 226-227 «Carta de Antonio de Araoz a Ignacio de Loyola», Valladolid 29 junio 1545.

den de algunos que se cuelan por las casas, cargando las mugeres de escrúpulos. Temo que lo digan por nosotros. Peor señal es en que algunos por vituperio digan que somos papistas»²⁹. Una oposición que en ocasiones se transformaba en rumores como aquél que circuló sobre la posesión, por parte de los jesuitas, de unas hierbas misteriosas que les permitían guardar y conservar sin dificultades la castidad.

Unos años después, desde Salamanca, el P. Miguel de Torres acusaba a un dominico, Melchor Cano, como el culpable de este rumor, del que Fabro y Araoz no mencionan nada en sus cartas desde Valladolid. Entonces era regente de estudios en el Colegio de San Gregorio de Valladolid³⁰. Muchos fueron los ataques que lanzó este dominico contra la Compañía y sus miembros, en forma de conversaciones y cartas que corrían entre las manos interesadas en estos temas. Es verdad que siempre dejaba en sus sermones una puerta abierta para que no le acusasen de ataques directos, pero muchos de los que le escuchaban sabían que si se despejaba la incógnita de las palabras de Melchor Cano, el resultado eran los jesuitas. «Mañana que es primero domingo de la Cuaresma –cuenta Araoz al P. Polanco muchos años después en 1556– después de comer comienza a leer en San Pablo la epístola primera de San Pablo ad Timotheum, y es público que lo hace para tener ocasión de tratar de la Compañía». Y las palabras del apóstol no podían ser mejores para que Cano las utilizase como puñales: «habrá hombres egoístas, avaros, altivos (...) amadores de los placeres más que de Dios, con una apariencia de piedad. Guárdate de éstos, pues hay entre ellos quienes se introducen en las casas y se captan el ánimo de mujercuelas cargadas de pecados, que se dejan arrastrar de diversas concupiscencias, que siempre están aprendiendo, sin lograr jamás llegar al conocimiento de la verdad»³¹. Así Cano se convirtió en el periódico látigo de la Compañía hasta su muerte en 1560.

Sin embargo Fabro y Araoz se ganaron un apoyo importante en aquel Valladolid de los años cuarenta y fue el de los inquisidores y los miembros del Tribunal de Valladolid, quizás gracias a la iniciativa del Doctor Ortiz, sacerdote y buen amigo del General. Araoz temía que las desconfianzas mostradas por la Inquisición en Alcalá, Salamanca, París, Venecia y Roma contra Ignacio de Loyola, afectasen ahora al establecimiento de la Compañía en Castilla. «El

²⁹ Fabri Mon., p. 324. «Carta al Padre Ignacio de Loyola», 14 abril 1545.

³⁰ Ep. Mixtae I, p. 491. «... aquel buen hombre, que ya antes comenzó a infestarnos, echando tretas contra este nuestro santo Instituto; aquél digo que decía que usábamos de cierta yerba para mortificar las concupiscencias, que es agora aquí catedrático de prima de teología, éste mesmo parece que ha tomado de propósito esta cuaresma de hacer ciertos sermones, al parecer derechamente contra nosotros».

³¹ Segunda Carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 3,1-7.

sobrino del Cardenal de Toledo, que es el Inquisidor General, que se dize Don Diego Tavera, letrado y del mismo Consejo, es muy nuestro, no sólo devoto, mas avn abonador y expositor (...) Muchas vezes nos convida, y comemos con él», concluye Araoz con una nota de esa vida social que tan excelentemente dominaba. Este citado Diego Tavera, según nos señala el jesuita vasco, recomendó a estos dos miembros de la Compañía que participasen en los próximos autos de fe que celebraría el Tribunal... «para confortar a los sentenciados y enseñarlos, y que si tuviésemos casa, nos daría vn lutherano, que está preso y se a convertido, para que le stabiliésemos» (confirmásemos en la fe). Pronto la colaboración sería más activa, escribiendo Araoz algunos dictámenes para otros Tribunales y sobre todo, en la colaboración de los jesuitas con los inquisidores de Valladolid en los famosos autos de 1559³².

Araoz tenía intención de aprovechar su estancia en Valladolid para visitar los primeros colegios de la Compañía en Castilla, especialmente el de Alcalá para el mes de agosto. Es verdad que el auditorio ya habitual de los jesuitas se opuso a cualquier salida de los religiosos. A principios de julio se produjo la muerte repentina de la princesa María de Portugal, después del parto del que había nacido el polémico príncipe Carlos. Los jesuitas permanecieron muy cerca de los príncipes en estos últimos días, hasta tal punto que Fabro envió a Juan III de Portugal, padre de la princesa, su testimonio sobre el dolor que Castilla experimentó tras el paso efímero de María de Portugal. El acontecimiento hizo pensar a Felipe su salida de la villa hacia Madrid. Mientras Araoz había partido ya, Fabro se convirtió en un cortesano más siguiendo al joven Felipe II. La última de las cartas fechadas en Valladolid, por parte del saboyano, data del 11 de septiembre. La labor de estos dos religiosos en la villa del Pisuerga, a pesar de aquellas distancias, llegó a los oídos del entonces duque de Gandía, Francisco de Borja... «del fruto que se hazía en Valladolid den los ángeles gracias al Señor, y lo mesmo sea servido se haga en Madrid»³³.

³² Ep. Mixtae I, pp. 227. «Carta de Araoz al P. Ignacio de Loyola», Valladolid 29 junio 1545. «Aquí a auído grande question sobre los conjuros que se hazen á la langosta, y rremitióse á vn Inquisidor y á mí. Spero en nuestro Señor que la determinación le será grata, porque a sido quitar todas supersticiones, y ordenar los modos y formas que la Iglesia acostumbra, y an traydo testimonio de lo que mucho y notablemente a aprovechado» (Ep. Mixtae I, p. 292, «Carta de Antonio de Araoz a Ignacio de Loyola», Madrid Dominica de la Trinidad 1546. José Luis GONZÁLEZ NOVALÍN: «La Inquisición y la Compañía de Jesús» en *Antihológica Annu* 37, 1990).

³³ BORGIA III, p. 9 «Carta del Duque de Gandía al Padre Pedro Fabro», Alfiap 15 septiembre 1545. A partir de aquí los acontecimientos se precipitaron. La cantidad de ocupaciones que tenía el jesuita saboyano en Madrid le obligaron a reclamar la presencia de Araoz, que por entonces se hallaba en Valencia. En ese momento comenzaba el Concilio de Trento y Paulo III deseó que tres Padres de la Compañía acudiesen hasta la reunión. Así se lo solicitó a San Ignacio. El General eligió a Fabro, Láinez y Salmerón.

Sin duda los jesuitas habían dejado en Valladolid toda una estela de apoyos que Fabro se los recuerda ya desde Madrid a San Ignacio: el nuncio Poggio, Leonor de Mascareñas, Juan de Zúñiga, los obispos de Palencia y Lugo, los condes de Osorno, el regidor Hernando de Vega, consejeros de la Inquisición y el secretario Gonzalo Pérez Ellos eran, como señalaba el saboyano, los que «nos quieren y fauoreçen».

3. LOS DIFÍCILES COMIENZOS DE UN COLEGIO DE LA COMPAÑÍA: SAN ANTONIO DE VALLADOLID

Antes de salir hacia Madrid, Fabro reunió en esta villa del Pisuerga a un grupo de jesuitas que debían formar las comunidades de Valladolid y Alcalá, algunos de ellos con situaciones de salud muy precarias³⁴. Tres fueron los religiosos de la Compañía que vivieron permanentemente en ésta entonces Corte. El Padre Diego Méndez era un sacerdote de Alcalá, recién admitido en la Compañía y del cual Araoz señalaba que era un «hombre de gran juicio y harto bien proveyto y experto en confesiones». Del bachiller Juan González afirmaba que era «bien entendido y de mucho ejemplo», mientras que el flamenco Hermano Hermes Poen, podía ser calificado de «bien docto y de grande fervor»³⁵. Sin duda ahora Castilla había cobrado un papel estratégico para los jesuitas: «Asta estar la Compañía algo más cosçida y fundada en Castilla, paresçe muy conueniente mirar sobre resçivir gente verriac» (joven en vasco).

¿Cuándo podemos señalar el comienzo de la casa-colegio de Valladolid? Tenemos diferentes hipótesis. Ribadeneira sitúa el inicio de esta casa en 1546, mientras que Fabro al indicar el reparto de los jesuitas procedentes de Coimbra, aseguraba que el establecimiento comenzó en octubre del año anterior³⁶. Nada nos aportan las cartas de los primeros Padres sobre la residencia física de estos

³⁴ «... Aquí estamos Hernando (Hernando de Avendaño), que anda con su quartana, Juan (Juan García) y Manuel y el P.Méndez (Manuel López y Diego Méndez), que entiende en los enfermos del ospital, y io (Fabro) con los quatro que han venido de allá. Otro de Alcalá, de edad de trienta y tres o trienta y quatro años, es uenido ocho días aurá, al qual emos començado a dar exercicios. Es persona muy recogida y ha oydo sus artes y quatro ó cinco años de theología...» (FABRI MONUMENTA, p. 364, «Carta de Pedro Fabro al Padre Simón Rodrigues», Valladolid 11 septiembre 1545).

³⁵ Ep. Mixtae I, p. 275. «Carta del Padre Antonio de Araoz al Padre Bartolomé Ferrón», Madrid 3 mayo 1546.

³⁶ Pedro RIBADENEIRA: *Historia de la Asistencia*, libro I, capítulo V. El Padre Ribadeneira nunca vivió en Valladolid, por lo cual son escasas las noticias que aporta en esta obra sobre los orígenes del Colegio de Valladolid. Fabri Mon., «Carta del Padre Pedro Fabro al Padre Martín de Santa Cruz, rector del Colegio de Coimbra», Madrid 16 noviembre 1545, p. 370: «... auiedo dexado en Valladolid el P.Méndez, el bachiller Gonçález y Hermes, que quedaua malo, y no sabemos de su conualecencia...»

jesuitas. Las noticias sobre estos detalles nos llegan un siglo después en la Historia de los colegios de Castilla, que escribió el padre Luis de Valdivia. Al principio se instalaron en una casa cercana a la iglesia de la Antigua, la más importante de las parroquias de la villa según Araoz. Fue un lugar proporcionado por Leonor de Mascareñas, aya que fue del príncipe e importante dama de la Corte que protegió constantemente a la Compañía. Posteriormente pasaron a la calle Teresa Gil, más cerca del Valladolid comercial, hasta que en 1547 consiguieron que el Ayuntamiento les cediese vivienda y capilla en un hospital de pequeño tamaño, gestionado por los cofrades de San Lázaro y San Antonio de Padua, dentro de los límites de la parroquia de San Julián. Según nos señala Manuel Canesi era ésta una cofradía de sastres, que tras ver enajenada su posesión, se trasladó al convento de San Francisco, situado en la Plaza Mayor vallisoletana³⁷.

«Arredándoles la habitación en el dicho Hospital, se pasaron á vivir en él mismo año –continúa narrando Valdivia–, y en una sala baja... acomodaron un Altar, y comenzando á ejercitar sus ministerios con gran provecho de sus almas.» El trabajo en Valladolid empezó a ser abundante, para tan reducida comunidad. «Es para alabar al Señor el fructo que nuestro Señor haze por ellos, y el gran crédito en que están». Y todo a pesar de la muerte del Mtro Hermes, el jesuita flamenco que había sido destinado para esta casa, que pronto será designada como «San Antonio de la Caridad»³⁸. No dejaba de ser una gozosa casualidad, para aquellos religiosos que procedían en parte de Portugal y del Colegio de Coimbra, ponerse bajo la advocación del conocido y venerado santo franciscano lisboeta. No podemos olvidar la importancia que las advocaciones poseían para las sociedades y mentalidades sacralizadas del Antiguo Régimen.

Los domicilios iban aumentando en las principales ciudades de la Monarquía: cuarenta y un religiosos repartidos en siete establecimientos. La mayoría de ellos eran Hermanos estudiantes que todavía no habían recibido el sacerdocio. Todavía en 1547 encontramos en Valladolid a tres jesuitas, bajo el rectorado de Diego Méndez. Es en este momento cuando San Ignacio desde Roma, deci-

³⁷ Manuel CANESI ACEVEDO: *Historia Secular y Eclesiástica de la muy antigua, augusta, coronada, muy ilustre, muy noble, rica y muy leal ciudad de Valladolid*, Libro V, Capítulo XX, p. 239. Evaristo RIVERA, SI: «Crónica general de la Provincia de Castilla», en José Luis GARCÍA VELASCO (ed.), *San Ignacio y la Provincia jesuítica de Castilla*, León 1991.

³⁸ Fabri Mon, pp. 394. «Carta del P.Diego Méndez al Padre Pedro Fabro», Valladolid 1 febrero 1546. Fabri Mon, p. 428, «Carta del P.Antonio de Araoz al Padre Pedro Fabro», Madrid 21 mayo 1546: «... Doña Juana (de Austria, hermana de Felipe II) me truxo letras del P.Méndez, en que dize, que Nuestro Señor llevó para sy al buen Mtro. Hermes con preçioso tránsito á 14 desde. Año sentido mucho...» Ep. Mixtae I, p. 362, «Carta del P.Antonio de Araoz al P.Ignacio de Loyola», Madrid 24 abril 1547. Ep. Mixtae II, p. 393, «Carta de Juan González al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 17 mayo de 1550.

dió crear la provincia de España, nombrando como provincial a Antonio de Araoz³⁹. Resolvió este jesuita establecer su domicilio en el Colegio de Valladolid, circunstancia que ayudaría a superar los difíciles comienzos. La casa ofrecía muchas carencias para unos ministerios que poco a poco se iban consolidando entre los vallisoletanos. «Deseo ay en el pueblo que esta casa crezca y se aumente», señalaba en 1550 el jesuita Juan González a San Ignacio. Por este motivo se atrevió a solicitar al General más miembros para esta reducida comunidad.

El padre Luis Mendoza llegaba a Valladolid en 1551 y nos ofrece, a través de una carta dirigida a Juan de Polanco, el secretario de San Ignacio, un testimonio del estado de este domicilio: «la casa es pequeña, y en lugar que no se puede ampliar, sino con gran dificultad, de manera que no me contenta el lugar para la Compañía». Según la opinión de Mendoza la solución para superar esta postración de los jesuitas era la llegada a la villa de un predicador, «para que publique que la Compañía está en aquel lugar, que yo pretendo que á mala pena lo saben los vezinos»⁴⁰.

Lo cierto es que los jesuitas iban recibiendo el apoyo de algunos clérigos de Valladolid. En ese momento no existían todavía las grandes diferencias entre religiones, pues un dominico solicitó a Araoz que le dirigiese los Ejercicios ignacianos. «El y otros son mucho nuestros». Sin duda el Provincial aprovechaba su capacidad de aglutinar a numeroso público en torno al sermón. Así nos lo relata su ayudante Antonio Gou, cuando rememora a San Ignacio las prédicas de Araoz en el convento de dominicas de Santa Catalina... «por hauer acudido tantos señores y señoras y personas principales y frayles». Sin duda las actividades a realizar por estos religiosos podrían aumentar, si el grupo de jesuitas se incrementaba, contando con habituales predicadores de peso, que atraerían limosnas, clientelas y fundadores, que finalmente estabilizasen el colegio⁴¹. Era ésta una villa populosa y con multitud de ofertas sacralizadas.

³⁹ «... porque desde los principios de tu vocación, con señalada fe, constancia, obediencia, religión y con grande ardor de caridad, has trabajado la heredad del Señor en todas las demás obras de caridad, pero sobre todo en sermones hechos al pueblo, no sólo en España, donde ahora estás, sino en todas partes de la tierra donde antes has andado, tan esforzadamente y con tanta destreza y prudencia te has aplicado á exaltar la gloria del nombre de Jesucristo (...) Nos, estribando en la benignidad y consejo del Espíritu Santo, por autoridad apostólica, y conforme á nuestras Constituciones, te creamos y deputamos Preósito Provincial de toda España, exceptuando á Portugal...» (*Cartas de San Ignacio*, tomo II, p. 396).

⁴⁰ Ep. Mixtae II, p. 572. «Carta de Luis de Mendoza al Padre Juan de Polanco», Segovia 25 julio 1551.

⁴¹ Fabri Mon., p. 394, «Carta del P. Diego Méndez al Padre Pedro Fabro», Valladolid 1 febrero 1546. Ep. Mixtae II, «Carta del P. Antonio de Araoz al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 19 septiembre 1549. Ep. Mixtae II, p. 616, «Carta del P. Antonio Gou, por comisión del P. Araoz al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 8 noviembre 1551.

Sin embargo hasta 1554 el colegio de San Antonio no sobrepasó los siete u ocho religiosos.

Muy cercano a Valladolid, en la próspera y mercantil villa de Medina del Campo, nació en 1551 un nuevo Colegio de la Compañía. Parecía que su fundación poseía mayor impulso que la de Valladolid, traducándose incluso en prolongados debates y polémicas con el poder eclesiástico representado por el abad. Tampoco faltaron los problemas con Rodrigo de Dueñas, el comerciante que les llamó a Medina y posteriormente con el fundador Pedro Cuadrado⁴². Poco tiempo después, se establecía a diez kilómetros de Valladolid, la primera casa de probación separada de un Colegio dedicada exclusivamente a la formación de los futuros jesuitas. Era el noviciado de Simancas, de efímera pero interesante existencia.

Quizás uno de los momentos de mayor popularidad de los jesuitas en aquellos años fue el paso por Valladolid del padre Juan Bautista Sánchez, camino de la nueva fundación de Burgos. Junto a él caminaban Juan Álvarez, Fernando Álvarez del Aguila y Melchor Peñalosa. Vivimos sin duda, los primeros momentos de un ministerio en el cual, la Compañía resumía muchos de sus quehaceres y trabajos. Hablamos de las misiones populares. Procedían los Padres de Salamanca y decidieron hacer etapas intermedias en Medina del Campo y Valladolid sin olvidar algunas pequeñas localidades de las diócesis de Salamanca y Palencia (tendremos que esperar a 1595 para encontrar los límites de la diócesis de Valladolid). Nos señala el padre Bartolomé Hernández lo exaltado de los ánimos de estos religiosos que contagiaban al público que los acogía y escuchaba en estas sociedades sacralizadas... «era tanto el heruor que lleuauan en el amor del Señor y zelo del aprouechamiento de las almas, que donde quiera que llegauan no podían dexarlo de manifestar».

La entrada de los jesuitas en aquel caluroso mes de agosto de 1550 fue sorprendente como empezó a convertirse en costumbre. «Fueronse á vna plaza —sigue relatando Bartolomé Hernández a San Ignacio— donde auía mucha gente. Vnos se sobían en las mesas, otros de las ventanas, otros á cauallo: tuuo grande auditorio (...) Predicaría ora y media, y en acabando de predicar, no con poca dificultad pudo salir de entre la gente, y viniéronse derechos á nuestra casa, y venía tras ellos tanta gente que fue necesario que vn conocido de los Padres de Valladolid fuese delante dellos, abriendo camino.» El padre Bautista Sánchez ya empezaba a ganarse fama de gran predicador y por eso mandó adelantarse a

⁴² Luis FERNÁNDEZ MARTÍN, SJ, «El Colegio de los jesuitas en Medina del Campo en tiempo de Juan de Yepes» en *Nueva Miscelánea vallisoletana*, Valladolid 1998, pp. 295-313. ASTRAIN I, pp. 309-313. Interesante es también la fundación del noviciado de Simancas, «San Francisco de Borja y el noviciado de Simancas» en *Nueva Miscelánea vallisoletana*, pp. 343-384.

estos dos religiosos para ir caldeando el ambiente... «estaua ya la villa comouida de lo primero».

Sin duda el padre Bautista empezaba a dominar los recursos del buen predicador, acompañado de todo un protocolo de los gestos y de los tonos de la voz, que acentuaban y subrayaban los contenidos... «dióle el Señor tan grandes fuerças en voz, y espíritu tanto, que arrebatoua y mouía en gran manera los corazones de los oyentes: vnos lloraban, otros con gran curiosidad andauan admirados».

A pesar de que fray Melchor Cano predicaba irónicamente contra la Compañía, al padre Bautista le escuchaban franciscanos y agustinos. Impresionaba al auditorio el estilo de vida de algunos de estos jesuitas. Fijaba su atención nuestro testigo en el padre Fernando Álvarez del Águila, entonces de origen noble y acomodado y ahora «viéndole tan humillado y llevar su calua de fuera y descalzo». Sin duda estas conversiones y renunciaciones son las que más impresionaban a aquellas mentalidades del siglo XVI. Quizás fue uno de los secretos del impulso vital de Francisco de Borja unos meses después de esta protomisión entre las calles de Valladolid.

«El Padre Juan Álvarez –indicaba esta vez el Padre Peñalosa, un testigo directo de aquellas faenas–, predicó a la puerta del palacio, adonde allegó mucha gente, muchos caualleros y señores, y á las ventanas del palacio salieron las damas á oyrle con grande atención y admiración, por ser cosa tan nueua en Valladolid. Estando predicando, vino el presidente y los alcaldes á palacio, y como auía tanta gente, que no podían entrar, y le vieron predicar, pensaron que era alguno que se ponía allí á dezir gracias. Mandáronle echar de allí, y ellos entráronse; empero la mucha gente que allí estaua le inportunó á tornar á subir á predicar, y así subió con mucho mayor heruor que primero, y prosiguió su sermón, y estaua tan enflamado y la gente tan atenta, que se detubo hasta que bolvieron á salir los alcaldes, los quales sin consideración alguna mandan que le lleuen a la cárcel y le hagan quitar de allí (...) Hizo entonces el Padre una exclamación muy grande al Señor, que mouió muchos á lágrimas, diciendo: Oh pluguiesse á vuestra majestad hazerme tan gran fauor, que oy, día de la decolación (por degollación) del glorioso San Juan, que fué preso y descabeçado porque predicaua y dezía las verdades, así lo fuesse yo oy porque predico vuestra santa palabra –observemos lo bien traído que está el efecto retórico por parte del jesuita. El resultado iba a ser inmediato en el público–. En acabando, fuímonos con el alguacil, queriéndonos toda la gente defender y boluer por nosotros; tanto que el almirante (de Castilla) y las damas desde las ventanas de palacio reprendían al alguacil, diciendo, que porqué le lleuauan, hablando tan cathólicamente (...).

Allá á la tarde fué el Padre con el alguacil á los alcaldes, los quales le preguntaron con gran alboroto, si era de los alumbrados ó de los apostolados. El respondió con grandíssima mansedumbre y humildad que no conocía aquella gente, que él de la Compañía de Jesús era».

A pesar de este incidente con las autoridades de la Real Chancillería de Valladolid, «representante casi suprema del poder real», el objetivo estaba prácticamente cumplido. Sin olvidar los móviles espirituales, la Compañía había

conseguido crear impacto en la población y así lo manifestaban los jesuitas desde sus cartas. «En este poco tiempo que aquí hemos estado —escribía Peñalosa— se ha dado más á conoçer y divulgado (la Compañía), que en todo el tiempo que ha que están aquí los Padres».

Y en la expansión de los trabajos, prédicas y faenas no se podían dejar en el camino los colectivos más olvidados y que ya nos atrevemos a imaginar: los hospitales para los diversos males, algunos más espirituales que físicos y las cárceles de esta villa de las varias jurisdicciones. «Mañana martes, plaziendo al Señor, harán todos juntos el viaje para Burgos y lleuan grandíssima confianza que el Señor, que ha sido seruido de dar tan buen principio en esta su obra, dará buen medio y mejor fin...» Hasta allí llegarían para cumplir los deseos y los apoyos de los cardenales Juan Álvarez de Toledo y Fernando de Mendoza, sucesivos arzobispos de Burgos. Pronto los colegios de Salamanca y Valladolid perderían algunos religiosos en favor de Burgos, lo que produjo serias quejas al Provincial. «Ofrésçenos en tantas partes casas, que á tener obreros presto se poblarían todas las çiudades», señalaba lleno de entusiasmo Araoz al General⁴³.

Las palabras de Mendoza, recomendando un peso específico de la Compañía en Valladolid, pronto se iban a comenzar a materializar. En 1552 Ignacio de Loyola ordenó a Francisco de Borja la visita a la corte de España. Sin embargo hasta ahora habíamos hablado de Borja como duque de Gandía y un cortesano de máximo prestigio del Emperador Carlos. Desde 1546 Francisco de Borja era miembro secreto de la Compañía, ordenándose sacerdote en 1551. «Ayudad y dad calor á esos pequeños principios de fundaciones de colegios de la Compañía —le disponía San Ignacio—, según que en el Señor nuestro entendiédeses será mayor gloria suya». Se intentó conseguir una entrada discreta en Valladolid, para evitar la curiosidad de sus iguales, que contemplaban con estupor como uno de los suyos había tomado los hábitos de una congregación que tantas atracciones, pero también polémicas, iba generando.

No sabemos si los nobles exclamarían aquellas palabras de San Ignacio cuando se enteró de las intenciones del duque de Gandía: «el mundo no tendrá orejas para oír tal estampido». Lo cierto es que de nada sirvió el sigilo, pues como escribía el rector de Valladolid el padre Juan González, «visitánronle las cabeças del pueblo, eclesiásticas y seglares. A solo verle no nos podíamos

⁴³ Para conocer detalladamente el paso de estos jesuitas por Medina del Campo y Valladolid, Ep. Mixtae II, pp. 439-447, «Carta del Padre Bartolomé Hernández al Padre Ignacio de Loyola», Salamanca 31 agosto de 1550. *Ibidem*, pp. 456-458, «Carta del Padre Melchor de Peñalosa al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 6 septiembre 1550. *Ibidem*, p. 658 «Carta del P. Antonio de Araoz al Padre Ignacio de Loyola», Madrid 14 enero 1552. LITTERAE QUADRIMESTRES I, pp. 248-249, «Carta del Padre Bartolomé Hernández al Padre Ignacio de Loyola», Salamanca 31 diciembre 1550.

defender de gentes en casa, de donde nuestra pobreçilla casa vino á ser vn gran palacio de señores y otras muchas personas.» La presencia de Borja en Valladolid también pudo apreciarse en sus púlpitos, en los conventos de dominicas de Santa Catalina o en el de franciscanas de Santa Clara «y fué tanto el concurso de la gente, así de caballeros y de señoras como de muy buenos predicadores y cibdadanos que no pudieron ser más si estuvieran de algunos días prevenidos (...) apenas pudo llegar Su Reverencia subir al púlpito segun la gran apretura de la gente». La nómina de nobles no podía ser escasa: Marqués de Távora (es decir Pimentel), Marquesa de Alcañices, Condesa de Miranda, María de Mendoza (viuda de Francisco de los Cobos), Condestable de Castilla, Conde de Lerma. Todos posibles pero valiosos avales para la expansión de la Compañía⁴⁴.

Algunos contactos fueron trascendentales para el futuro de este colegio de San Antonio. Se sucedieron las entrevistas con Juana de Austria y su hermano Felipe. Con Juana pudo mantener prolongadas conversaciones en Toro. Felipe le anunció el deseo de su padre de proponerle, ante el papa Julio III, como cardenal. Sin duda alguna la voluntad de Borja y la de otros jesuitas que también iban incluidos en la propuesta no coincidía con la decisión y los deseos del Emperador Carlos y así se lo manifestaba a San Ignacio a través del habitual correo⁴⁵.

Poco a poco, las cartas que cada cuatrimestre debían enviar los rectores o sus comisionados a Roma para conocimiento de San Ignacio desde Valladolid, se fueron llenando de actividades. Aquéllas desarrolladas –según señala el citado rector Padre González– tanto fuera como dentro de los límites del colegio: el ejercicio de la oración, las mortificaciones, los sermones y pláticas. Quizás fuese la confesión (y recordemos los tiempos de Fabro) el ministerio más demandado a los de la Compañía... «las fiestas señaladas los que estamos no nos podemos dar manos y si más hubiese habría para todos (...) confiéssase de toda qualidad de personas, y de todos mucha copia, y muchos frequentan de quince á quinze días, y muchos cada ocho, y de mes á mes non est numerus». La confesión también fue otra faceta más del poder de la palabra, control de las conciencias, moldear conductas y guiar a través de devociones que se iban convirtiendo en características de la Compañía. Todos eran comportamientos cotidianos en sociedades y mentalidades sacralizadas como éstas del siglo XVI. Es

⁴⁴ Ep. Mixtae II, p. 705, «Carta del Padre Juan González al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 8 abril 1552. Lit. Quad. I, pp. 580-581, «Padre Bartolomé Bustamante al Padre Ignacio de Loyola», Salamanca 29 abril 1552.

⁴⁵ Ep. Mixtae II, pp. 696-697. «...Por estas cartas para todas partes hemos recebido y embiado, y la del buen capello del Padre don Francisco, que creo sería para él capello re et nomine» (Ep. Mixtae II, p. 765, «Carta del Padre Juan González al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 11 agosto de 1552.

la formación de clientelas espirituales que no les importaba venir desde lejos y con adversidades climáticas –como señalaba el padre Valderrábano– para escuchar la palabra consoladora o punzante desde el confesionario y desde el púlpito, emanada de la boca de la Compañía. Y de esta exaltación de la confesión, pero también de la mudanza de vida y costumbres a través del perdón, se hacían eco las cartas de Valladolid, cuando con alegría narraban a San Ignacio destacados casos de confesión... «otra persona que, estando cuatro años amancebada, se confesó con un Padre de la casa, pareciéndole que era mala vida la que tenía, pero tenía muchas ocasiones para caer en el pecado; confesóse no solamente de los cuatro años, pero generalmente de toda la vida». No faltaban las mujeres más distinguidas entre la nobleza como «hijas espirituales» de los jesuitas, como aquella duquesa de Medina de Rioseco, Ana de Cabrera, que pidió al padre González que recorriese las siete leguas que separaban Valladolid de la Ciudad de los Almirantes para confesarla.

En los hospitales los jesuitas seguían realizando sus actividades habituales sobre todo en dos, según nos informa Valderrábano: aquéllos dedicados a males contagiosos y a los ulcerosos. «Y no solo tratamos con los enfermos, mas aun también procuramos que los enfermeros y los que tienen cargo y sirvientes se confiesen muy á menudo.» Después de los hospitales eran las cárceles y la atención a otros colectivos que no eran atendidos en exceso por otras órdenes religiosas. Los jesuitas no podían olvidar la importancia de la liturgia, que cada vez iba aumentando con el espíritu contrarreformista y la aplicación de las resoluciones del Concilio de Trento. Valderrábano nos informa, en 1552, sobre la celebración en la casa del Nombre de Jesús, el primer día del año, con la asistencia de sacerdotes y otros clérigos que gozaban de buen nombre entre el pueblo. Pero desde Valladolid también se negociaba sobre el futuro, o más bien, sobre la expansión de la Compañía. Hasta aquí llegó el padre Miguel de Torres para conversar con el conde de Monterrey, la fundación del colegio de Santiago de Compostela en 1552. Valladolid era lugar de encuentros y esta circunstancia la fue convirtiendo en capital de decisiones para los jesuitas. Todo ello se veía favorecido por lo que los religiosos definían, en sus cartas cuatrimestrales, como buen concurso de gentes. Por eso, según informaciones del padre Juan González, cuatro sacerdotes y tres hermanos vivían en San Antonio de Valladolid en 1552⁴⁶.

Para todos estos ministerios de la confesión y la Eucaristía era necesario que los jesuitas obtuviesen licencia para establecer en su capilla el Santísimo Sacra-

⁴⁶ Para conocer estas actividades Lit. Quad. I, pp. 523-526, «Padre Juan de Valderrábano al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 22 enero 1552. Ep. Mixtae II, pp. 732-733, «Carta del Padre Miguel de Torres al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 21 junio 1552, *Ibidem*, p. 765 «Carta del Padre Juan González al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 11 agosto 1552. *Ibidem*, p. 821, «Carta del Padre Juan González al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 25 octubre 1552.

mento. La ocasión fue ampliamente festejada, porque así se acostumbraba. Si ocasión de fiesta era la colocación de un retablo, cuanto más valorarían los jesuitas la presencia real de Cristo en la Eucaristía, después de la reforma luterana. Para la ocasión contaron con la presencia del Nuncio del Papa y buen amigo de la Compañía. Pero del optimismo que progresivamente reflejaban en sus cartas los padres González y Valderrábano a San Ignacio no se vió contagiado Jerónimo de Nadal cuando, en 1554, llegó hasta Valladolid. Como Visitador traía dos misiones: promulgar las Constituciones que el Preósito había redactado durante años y dividir, según instrucciones de Loyola, la provincia de España, creando una específica para Castilla.

Desde la Congregación que le había elegido como General de la Compañía en 1541, San Ignacio se había dedicado a elaborar lenta y minuciosamente el texto de las Constituciones. Es verdad que hasta la I Congregación, en 1558, no fue aprobado sin variaciones la versión definitiva. Sin embargo, tras muchas consultas, era necesario que lo conociesen todos los domicilios de jesuitas y que fuesen promulgadas en cada uno de ellos. Para este fin Ignacio eligió a un mallorquín, el padre Jerónimo Nadal. Era Nadal un hombre que destacaba por su habilidad e inteligencia. Sus primeros contactos con la Compañía no habían sido favorables, enfrentándose incluso con San Ignacio. Fueron las reproducidas y publicitadas cartas de Francisco Javier, desde la India, las que le empujaron a la Compañía. Rector del Colegio de Mesina, el General le dió plenos poderes, incluso sobre el Provincial, para actuar en España y Portugal. En abril de 1553 desembarcaba en Barcelona y se dirigía a la Provincia de Portugal para comenzar allí su tarea. Después fue a la de España que por entonces contaba con domicilios en Barcelona, Valencia, Gandía, Alcalá de Henares, Salamanca, Medina del Campo, Valladolid, Burgos, Oñate, además de los recientemente constituídos de Córdoba y Ávila.

Ninguna de las casas que visitó Nadal se encontraba bien dotada, ni tampoco preparada para que en ella ejerciesen los ministerios pastorales los 138 jesuitas que habitaban entre sus muros. Sin duda Nadal mostró su desolación cuando pudo comprobar el estado del colegio de San Antonio en mayo de 1554:

«... En Valladolid he hallado tres Padres y tres hermanos, sin Julián y Gou (ayudantes del Provincial). Tienen la casa muy ruyñ: dízeme que han de hauer otra, y no veo effecto, y según lo poco que se ha hecho acá en tanto tiempo, me han venido ganas de, ó hazer vn gran esfuerço que se hiziese alguna obra buena, ó mudar los Padres en otra parte; mas Dios nuestro Señor les ayudará, y ellos se ayudarán con su gracia, aunque la buena gente que está aquí harto tan trabajado, mas no han tenido quien les ayudase á fundación. Está puesto el doctor Araoz en hauer casa: Dios y ayude. He hallado al P. González muy mal dispuesto; hanle dado la agua al palo, y creo que le habrá aprouechado. Helos dado las constituciones y reglas, mas tienen poco aparejo de tener orden, por ser pocos y ocupados, y specialmente por los negoçios del prouinçial, siendo la casa tan pequeña. Tienen

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico
Hispania Sacra, 52 (2000)

hartas confessionses, y no les falta limosna para viuir, no leen doctrina xiana, ni hazen pláticas en la capilla que tienen. Mañana han de hazer los votos todos según la forma de los studiantes, é yo partiré otro día por la mañana, con la gracia del Señor...»⁴⁷

Sin duda las circunstancias económicas condicionaron muchas cosas en la expansión. Por eso Nadal se atrevió a proponer a San Ignacio un modo de fundación seguido ya en algún colegio de dominicos... «uno es que de los obispados se separen pensiones perpetuas por fundación de collegios, y como son de presentación del rey, no sería tan difícil», sobre todo cuando Nadal suponía un apoyo incondicional de Ruy Gómez de Silva y del príncipe Felipe. A pesar de todas las necesidades de este colegio, en Valladolid, Nadal debía despachar algunos negocios importantes. En primer lugar la continuada fundación del Colegio de la Compañía en Santiago de Compostela, bajo la iniciativa del Arzobispo de aquella importante diócesis Juan Álvarez de Toledo, con sus correspondientes oposiciones y negativas por parte de otros sectores. Residía igualmente este Visitador en Valladolid, cuando le llegó la citada orden de San Ignacio de dividir la Provincia de España en tres distritos diferentes: Castilla, Aragón y Andalucía. Se creó sobre todas ellas una autoridad que representase al General en estas nuevas demarcaciones y en Portugal: se trataba del Comisario en la persona de Francisco de Borja. Recibió Nadal estas indicaciones de Ignacio, considerando algunas modificaciones en aquellos asuntos donde el General le había concedido mayor capacidad de maniobra. Decidió, por ejemplo, no separar Salamanca de la obediencia a Castilla. Así se lo comunicaba a San Ignacio en la habitual correspondencia, añadiéndole una interesante información sobre los candidatos a estos cargos.

Pero empezamos a encontrar algunas divergencias entre los hombres que gobernaban la Compañía en España. «El doctor Araoz –señalaba Nadal a San Ignacio– restará en su prouincia, y spero en el Señor nuestro mirará á los particulares que antes, y se apartará de negocios seculares, que trata muchos.» Lo cierto es que algunos conflictos igualmente surgirán entre el Provincial y el Comisario. El Padre Borja apoyaba una expansión rápida de los jesuitas, con multitud de fundaciones y rentas menos consolidadas. Araoz no compartía esa filosofía. Las dificultades se acentuaron tras la I Congregación que eligió como General al Padre Laínez. Lo cierto es que ni a Araoz, ni a Borja les debía sentar demasiado bien el clima de Valladolid. En 1549 informaban a Loyola sobre las continuas sangrías, en aquella medicina de los humores, que tuvo que soportar el entonces provincial de España. A Borja le eran siempre contrarios los inviernos. A pesar de todo el Comisario manifestaba buen ánimo... «dase al gobierno,

⁴⁷ EPISTOLAE NADAL I, pp. 256-257, «Carta del Padre Jerónimo Nadal al Padre Ignacio de Loyola», Valladolid 14 mayo 1554

á las Constituciones y al resto lo que se desea (...) va tan ferviente a fundar colegios y tomar gente, que es una bendición de Dios. Tiénese una gran opinión de él en todas partes»⁴⁸.

Sin duda las ofertas que Valladolid poseía, la presencia de la princesa-gobernadora Juana de Austria, la de muchos nobles y alto clero que la rodeaban hasta la salida definitiva de la Corte en 1559, la Chancillería, su situación comercial que la convertían en villa muy cercana de las principales ferias, la Universidad pero también su Colegio Mayor Santa Cruz o la de otros centros de enseñanza de diversas religiones... todas estas razones retrayeron a Nadal a dar el cerrojo a una casa desde la cual ya se había gobernado en cierta forma a los jesuitas. ¿Cuáles serían los efectos dinamizadores? Sin duda la presencia de Francisco de Borja y todo lo que él significaba. El religioso se convirtió en consejero y director espiritual de la princesa regente, cuyo palacio se encontraba muy cercano al colegio de San Antonio.

Las estancias palaciegas fueron escenario de los sermones y los ejercicios de Borja y en ocasiones los de Araoz, rodeados de damas, pajes y camareras. Incluso los hagiógrafos dicen que Borja logró un cambio de costumbres en los juegos de los cortesanos, eliminando los comunes naipes por uno de carácter ascético-espiritual donde los vicios y las virtudes que aparecían en las cartas adoctrinaban a los jugadores. Una práctica que ya se había iniciado en los palacios de Lisboa y Toro. «Ninguna Corte existía en el mundo tan parecida a un noviciado de la Compañía como aquella de Valladolid»⁴⁹.

En realidad pronto Juana de Austria, quizás siguiendo sus impulsos o las posibles recomendaciones de Borja y Araoz, solicitó la profesión de votos simples en la Compañía. No era la primera vez que San Ignacio había recibido este tipo de propuestas por parte de una mujer. Sin embargo éste era un caso un poco más especial. Después de haberlo consultado con una comisión, el General admitió los deseos de la princesa y desde entonces la Compañía no ha conocido una excepción parecida. A partir de ese momento, en la correspondencia entre Borja e Ignacio, la hermana de Felipe II se convirtió en forma de clave en el «asunto de Matheo Sánchez»⁵⁰.

⁴⁸ *Ibidem*.

⁴⁹ Evaristo RIVERA, SJ, «Crónica general...», *op. cit.*, León 1991, pp. 150-151.

⁵⁰ «... A Matheo Sánchez dexé muy bueno en el Señor, continuando siempre sus santos exercitios, y muy puesta en que quando uengan su hermano y padre, les ha de ser predicador para que por su medio se saluen y remedien algunas cosas. El Señor lo ordene por su bondad y su mayor gloria.» «Matheo Sánchez está como suele, y antes con mayor aumento en la deuoción de la Compañía y en su aprouechamiento. Hanle llegado mucho tantas muertes, y con razón, sino que lo lleua con gran prudencia y xpiadad.» (BORGIA III, «Carta de Francisco de Borja al Padre Ignacio Loyola», Simancas, febrero 1556, pp. 259-260. *Ibidem*, «Carta de Francisco de Borja al P. Laínez», Valladolid 29 diciembre 1558, p. 418)

Sin duda la adhesión incondicional de Juana de Austria a la Compañía de Jesús también se tradujo materialmente. Empezaron a llegar a manos de los jesuitas limosnas que iban a empezar a enderezar sus trabajos por caminos más seguros. En Valladolid les había faltado un complemento muy importante: el de la enseñanza. Será a partir de 1554 cuando encontramos la apertura de estudios, aunque exclusivos para jesuitas. La casa se amplió y con ella las disciplinas académicas de Artes e incluso Teología. Los estudiantes acudían hasta los dominicos de San Gregorio y los filósofos a la Universidad. Será fuera de nuestro marco cronológico, en 1563, cuando llegaron a San Antonio profesores de Teología, admitiendo muy pronto alumnos no pertenecientes a la Compañía. Ya los estudios empezaban a ser reglamentados desde Roma, a través del título IV de las Constituciones ignacianas⁵¹.

* * *

A la muerte de San Ignacio, en 1556, el número de jesuitas alcanzaba el millar de los cuales trescientos habían nacido en España. ¿Cuáles habían sido las razones de este éxito? Desde luego que no fue únicamente el empuje y atractivo de San Ignacio en aquellas personas que le conocieron, sino también el de sus hombres en la avanzadilla y en la vanguardia, su dinamismo y los contactos que supieron entablar, además de la eficacia con la que desarrollaron los ministerios. Fueron años, éstos de San Ignacio, en los cuales la Compañía –según manifiesta el profesor Tellechea– «evolucionará y cambiará más que en muchos siglos posteriores y adquirirá su modo de ser peculiar y definitivo», aunque tampoco exentos de peligros y trabajos según creía Francisco de Borja.

No podía olvidar Ignacio de Loyola ese otro Valladolid que contempló sus inquietudes y sus ambiciones cortesanas. Sin embargo ahora, cuando Roma acogía a un Iñigo bien distinto al que paseó por la villa del Pisuerga, Valladolid se había convertido en una piedra importante, aunque todavía no angular, en el establecimiento de la Compañía entre estos reinos. Por eso no nos debemos extrañar de las palabras que dirigió el General a los «ilustres señores de la villa» en 1548... «toda esa muy noble villa, que Dios Nuestro Señor conserue y prospere con aumento continuo de sus espirituales gracias para mucha honrra y gloria suya».

⁵¹ Para el estudio de Juana de Austria, José MARTÍNEZ MILLÁN: «Familia Real y grupos políticos: la Princesa Doña Juana de Austria (1535-1573)», en *La corte de Felipe II*, Madrid 1994, pp. 73-107. Para su influencia en el colegio de Valladolid Evaristo RIVERA: «Crónica general...», *op. cit.*, p. 151. Para el estudio de los colegios en vida de San Ignacio, Juan PASTOR GÓMEZ, SI: *Los Colegios de la Compañía de Jesús en la vida de San Ignacio de Loyola (1546-1556)*, número especial del boletín Avance, Madrid 1967.